

Colección
Lecciones de cosas
(ensayo)
XXV

FEDERICO ARBÓS

RESEÑAS Y REMEMBRANZAS
(al filo del pasado siglo)



Benalmádena, Málaga, España, 2019

La edición de esta obra ha contado con
una ayuda a la edición concedida por el
MINISTERIO DE CULTURA

A Ana, por tantas cosas.

A Ciro, en recuerdo y homenaje a la
efímera aventura de *Calviva*.

© Fotografía de portada:

© de los textos: Federico Arbós Ayuso

© de esta edición: **EDA libros**

c/ Pinsapo 15, Local 11
29639 Benalmádena Pueblo, Málaga
Teléfono: 952 448 420
email: edalibros@edalibros.com

I.S.B.N.:

Depósito legal:

Exordio quizá innecesario

Ninguna Colección para acoger las páginas siguientes mejor que esta de Lecciones de cosas, lecturas a salto de mata que uno puede hacer mientras degusta un Martini seco elaborado según la receta de Buñuel o, por ejemplo, al tomarse un descanso en el delicado tabajo de empapelar una pared con un dibujo de flores rojas, amarillas y moradas. Textos de varia lección escritos a lo largo de la última década del siglo pasado y la primera de este XXI que ahora vamos recorriendo a trompicones por un paisaje europeo desolador en lo social y político, reaccionario y mentiroso, marcado por el triunfo absoluto del capitalismo más salvaje y depredador, con alguna honrosa excepción como la de nuestro país vecino –menos mal, menos mal que nos queda Portugal–. Una bisagra de veintitantos años (1990-2012) de trayectoria laboral y vital nómada, o al menos trashumante, como director, de manera no consecutiva, del Instituto Cervantes en El Cairo, Casablanca y Rabat, alternando con períodos madrileños consagrados a mi dedicación profesional de siempre, la de profesor de Literatura Árabe en la Universidad Complutense. Breves escritos publicados en las secciones literarias de la prensa diaria o en revistas culturales

españolas de diversa índole, prólogos y presentaciones de libros de ficción o de volúmenes de autoría colectiva, entrevistas con escritores árabes, textos para el catálogo de diferentes exposiciones; todo ello al margen de los artículos y ensayos publicados en esta misma época en revistas científicas o especializadas, de mis numerosas traducciones prologadas y anotadas de poesía y narrativa árabes contemporáneas, aparecidas en editoriales españolas grandes y pequeñas.

Una buena parte son reseñas de libros de poesía española –con la sola excepción del irlandés Seamus Heany a esta españolidad– que salieron a la calle por aquellas fechas, más unos pocos de narrativa o ensayo, redactadas para *La Esfera de los Libros*, suplemento literario y cultural del diario *El Mundo*, en el tiempo que dirigía y coordinaba esas páginas la periodista Elvira Huelbes: de no ser por sus encargos expresos y directos, es posible que mi colaboración en ese suplemento semanal no se hubiera producido jamás. Aprovechando mi condición de arabista –signifique lo que signifique “condición”, que diría Juanjo Millás–, me pidió también que reseñara poemarios árabes y orientales, piezas de teatro y novelas, amén de algún estudio y ensayo sobre temas arabo-islámicos, textos que incluyo en el segundo capítulo de este palimpsesto.

En los capítulos siguientes se abre y cierra un cajón de sastre que contiene materiales y artilugios variopintos: recuerdos entrañados de poetas que conocí en vida (Blas de Otero, Abdel-Wahab Al-Bayati) o que tengo siempre presentes en la memoria (Federico García Lorca); ideas colectivas surgidas al paso en Rabat, como el interesante proyecto teatral de Ana Fernández Valbuena, profesora de Dramaturgia en la madrileña Real Escuela Superior de Arte Dramático (RESAD), o el volumen de estudios sobre españoles en Marruecos que incluye como apéndice las Memorias de Paquita Gorroño, figura irrepetible y singular de exiliada republicana, comunista, que murió el año pasado a sus ciento dos años lúcidos de edad; entrevistas con el escritor marroquí Driss Chraïbi –quizá fuera más exacto

decir franco-marroquí– en Madrid, o en El Cairo con el egipcio Naguib Mahfuz; textos para el catálogo de exposiciones pictóricas o literarias comisariadas por mi gran amigo Jaime Brihuega, profesor de la Universidad Complutense experto en vanguardias que simula ser medio argentino, coleccionista de armas blancas, bolchevique de una pieza, experto también en egagrópilas y otras curiosidades.

Todos estos escritos recuperan aquí la integridad del texto original, libres de las mutilaciones y modificaciones dictadas por la agobiante necesidad de respetar el espacio prefijado por la maquetación periodística. Y hay también un inédito, ese homenaje sentimental a Federico García Lorca y Pablo de la Torriente que, redactado en el año 2006, iba a ser publicado en una revista cordobesa en proyecto, *De momento*, que se quedó en eso, en proyecto, y jamás llegó a ver la luz.

En fin, pedazos de vida y literatura que procuro no confundir, buscados consciente y voluntariamente o hallados por azar en la encrucijada de los días.

Majadahonda, mayo de 2018

I

De poesía española y algunas prosas

1. Versiones de la lluvia

Javier Villán
Versión de lo imposible
Ed. Anthropos, 189 págs.

El primero de estos diecisiete relatos nos introduce abruptamente en un prodigio desolador y luminoso al tiempo: la destrucción del mundo en siete días por un ejército de hermosísimas mujeres azules. “La belleza es cruel como la muerte”, clama el ángel exterminador. Y este contrapunto entre luz y oscuridad persistirá a lo largo de estas historias empapadas casi todas ellas por infinitas versiones de la lluvia. Una lluvia que Javier Villán deja caer como telón de fondo, como paisaje habitable o maldito, como sensación multiforme que va desde la melancolía y el adiós definitivo a la exaltación amorosa.

El amor y la muerte, el tiempo y la memoria constituyen la espina dorsal del libro, los motivos entrelazados y hechos carne en unos personajes que se mueven por el espacio mítico de la Gran Ciudad de los Espejos, una Barcelona transmutada a veces en Madrid y viceversa. Figuras humanas con algunos de cuyos perfiles acabamos siempre identificándonos, tanto en sus gestos cotidianos como en esa imprecisa frontera que separa la vigilia del sueño, la realidad del deseo.

Nuestra doble imagen en el espejo, el fin de una pasión que nos golpea de pronto con una tristeza invencible, cuando

ya nos creíamos inmunizados a todo lo que no fuera “tan sólo plenitud del instante”, son otros tantos temas de la poesía anterior de Javier Villán que ahora articula y desmenuza en esta su primera colección de cuentos. Narrador que aplaza su muerte contando su propia historia incompleta por los parques, hasta que el amor insaciable de una mujer incrédula que “se abre camino por su cuerpo” le conduzca inexorablemente al punto final, como en ese relato de “La sonrisa lluviosa de La Gioconda”, donde una vez más belleza y muerte se superponen e identifican.

Pero también, a través de esta brumosa galería mixta de fantasmas y seres de carne y hueso, la historia, nuestra historia cercana nos asalta con sus datos, con sus señas de identidad que se resisten a caer en el olvido. En dos narraciones que dibujan un Mar Latino de fábula, cuentos de sexo y alcohol y exuberantes turistas alemanas, aparecen nítidamente las jetas hoscas de la Benemérita, antiguos nazis en sus refugios dorados de la Costa Brava, la caza brutal de los últimos maquis. Y los tres relatos finales se alzan como una metáfora sobre la represión y la falsificación de la historia, donde el Antiguo y el Nuevo Régimen muestran signos inquietantes de continuidad. Tal vez en uno de ellos, “La memoria y las huellas”, la fecha propuesta para la ficción futura –15 de abril de 1991– esté excesivamente cerca del tiempo del lector para hacerla medianamente verosímil: Orwell al menos, aunque se equivocara como todo profeta que pretende ser preciso, alejó su negra utopía unas cuantas décadas.

Como he insinuado antes, estos cuentos me han recordado de inmediato la lectura de dos brevísimos libros de poemas publicados por Javier Villán en esa magnífica y tenaz colección *Endymión* de la que casi nadie habla: *Esplendor de la ruina* (1982) y *Deshora incierta* (1985). La poética expresa, los temas y las imágenes de ambos guardan, creo, una estrecha relación, una continuada coherencia con esta *Versión de lo imposible*:

Una puta blasfema
y un guardia le da una bofetada.
Que nadie quiebre esta armonía de contrarios
este momento de algodón
la hora indecisa:
un cortejo de humo
para una muchedumbre de fantasmas.

(Publicado en *La Esfera*, 28.10.1990)

2. Cuarto cerrado

Concha García
Desdén
Ediciones Libertarias, 96 págs.

Ya se sabe que todo libro de poemas tiene tantas lecturas como posibles lectores, pero ello se hace tal vez especialmente cierto en poemarios como este de Concha García, crónica minuciosa de estados de ánimo, de sensaciones personales a duras penas transferibles, puesto que se apoyan en vivencias y recuerdos radicalmente subjetivos. Última parte de una trilogía iniciada en 1987, *Desdén* nos introduce, a través de la autopresentación de la autora, de una cita de Eliot y de un prólogo de siete versos, en la cotidianidad del hastío y la soledad. Pero no son en modo alguno una soledad asumida, un hastío resignado: hay una voluntad expresa de transformar las sensaciones en palabras trucas, frases maltratadas que van dibujando a trazos gruesos y rotos, como en los cuadros de Francis Bacon, los mil perfiles de una mujer que se debate “desdeñosamente” entre obsesiones y objetos en su cuarto cerrado.

Y, sin embargo, todo ese material en apariencia magmático está cuidadosamente organizado. Tras las páginas iniciales, el libro se nos despliega en cuatro partes escrupulosa y herméticamente tituladas y puestas bajo la advocación de sonoros nombres que se añaden al Eliot inaugurador e iniciático: de

Vladimir Holan a Paul Celan, pasando por Wallace Stevens y Fernando Pessoa. Del vanguardismo anglo-norteamericano, portugués o checo a la lírica alemana de posguerra, obsesionada por el lenguaje y la incomunicación, las referencias apuntan al poema deliberadamente oscuro, taraceado de voces ajenas, datos culturales provocadoramente situados fuera de contexto, experiencias y manías, murrias íntimas.

La brevísima primera parte, “El Reposo” –seis poemas encabezados con la prestigiosa numeración romana–, expone una especie de metafísica de lo intrascendente con alternancia de la segunda y tercera personas y se prolonga de algún modo en el siguiente capítulo, donde un juego de títulos en torno a la dicha y la desdicha, el recuerdo y el olvido, introduce ya el elemento erótico que será la médula sustentadora de la parte tercera, “La Mística del Vaivén”: amor y sexo entre la exaltación, la angustia y el desinterés real o fingido, un sexo ambiguo que oscila, que va y viene entre el “yo” y el “ella”, con el predominio avasallador de la lengua como instrumento y fuente de placer: “...Me palparía, / me saldrían agujeros en la lengua / si lo quisiera” o bien “no hay cometido más noble / que tu lengua en mi oído”, dice en el primer poema de esta tercera parte, para añadir en el segundo: “...me chupas, / lengua infame cómo caracolea / tu saliva en mi tarro de miel”. Función sensual y física de la lengua que se imbrica con la articulación y desarticulación del lenguaje, de la expresión poética:

Ahí yo alimento con mi lengua
de caprichosa forma de
jarcha inventada por otro.

Encabalgamientos abruptos, neologismos horrendos, magníficos hallazgos expresivos, sensaciones táctiles y olores, versos chirriantes, todo le sirve a Concha García para acabar trazando la palabra “zahúrda” en la pátina de vaho que su propio aliento ha dejado en el espejo.

(Publicado en *La Esfera*, 2.12.1990)

3. Nuestra historia remota y próxima

Antonio Hernández
Lente de agua
Ed. Visor, 48 págs.

Con los quince poemas de este escueto libro, Antonio Hernández nos empuja, sin que apenas lo advirtamos, hasta el borde mismo del prodigio: un libro empapado de nuestra historia remota y próxima, sin trampa ni cartón, sin escurrir el bulto, que no pierde de principio a fin ni un ápice de su tensión poética, donde la palabra tan pronto restalla como vergajo, sonrío con honda retranca socarrona o se remansa como agua llena de flores de almendro. Ya en el primer poema, situado intencionadamente en la tradición imprecatoria de Rafael Alberti o Blas de Otero, se alza entera la desgarrada contradicción que ha sido y sigue siendo España, a quien el poeta invoca, ama, insulta, besa,

porque seas hermana de ti misma,
porque te quieras más,
porque aprendas un rayo de tu historia en que fuiste
puente del alba.

Un puente que se tiende entre la convivencia y la tolerancia y empieza a resquebrajarse en los últimos años de Al-Ándalus,

de Sefarad, a ceder bajo la desesperada resignación del musulmán andaluz que siente el cerco implacable del cristiano (“...Y viene a por la tierra / para siempre”) en un espléndido “Apócrifo de Abul”, donde el que va a ser expulsado atesora aromas familiares en el corazón y en las manos, guarda el paisaje y la luz de Andalucía en el fondo de la mirada y no se atreve a pronunciar en voz alta las provisiones necesarias para el viaje sin retorno:

No olvides una cántara de arroyo
porque el desierto es ancho
pero más la nostalgia.

Del escritor encarcelado y perseguido al desterrado, hay otra línea de luz y sombra que recorre estos versos. Una expresiva y ceñida biografía de Cervantes (“soldado con un brazo en la añoranza”), el perfil de Quevedo que se agiganta frente a sus protectores y enemigos, el recuerdo ferviente de dos poetas dispares en significado y calidad pero unidos en la misma coherencia cívica, León Felipe y Luis Cernuda, emblema transparente ambos del exilio republicano en México:

Reencarnación se llama esta costumbre
española que sucesivamente
siembra semilla, exterminio y ternura.

Y otras emigraciones y retornos y una caracola, “pregonera de infancia” en cuya espiral de nácar oímos que hubo una guerra que aún llevamos a cuestas. Materiales vivos que se adensan todos en el poema “Entrevista en la radio”, crónica y definición poéticas de Andalucía: rabia y amor, esperanza, dolor, ironía en una pieza. Afortunadamente, hace ya tiempo que sabemos lo que cantan –y cómo cantan– algunos poetas andaluces de ahora.

(Publicado en *La Esfera*, 27.01.1991)

4. Luz blanca, piedra blanca

Manuel Padorno
Desnudo en Punta Brava
Ed. Hiperión, 80 págs.

Abrir este libro es como abrir la ventana a un mar de luz cegadora, luz que es agua, árbol, espada, llamarada en una pared de cal, piedra blanca, luz blanca que borra los objetos y los va tallando luego en sus perfiles luminosos, reales y fantasmagóricos, visibles o invisibles. Asomarse a una naturaleza en estado puro, mineral, humana, vegetal, a un inmenso templo abierto y panteísta de los sentidos, sentir una ráfaga de sensualidad dominada sabiamente por el ojo y la mano de un poeta pintor que acecha la palabra exacta, la línea justa de color, el espacio avasallador de la luz o la sombra, el volumen de los seres o el hueco que dejan en su ausencia.

Manuel Padorno, que desde mediados de los años cincuenta nos ha ido entregando morosa y tardíamente sus poemas, nos regala de pronto en los últimos quince meses tres libros y una antología. Este *Desnudo en Punta Brava* es el postrero, el más reciente en salir a la calle. El poeta parece querer trazar a lo largo de sus páginas una poética plástica que concilie la visión que los sentidos ofrecen del universo exterior con las visiones interiores que la interpretación de ese mismo universo sugiere o lleva ocultas en su seno. Desde el poema "Tratado en el pa-

seo" (p. 26): "He trabajado en lo que no se ve: / el objeto real en el espacio", hasta "El viejo galopa desnudo" (p. 71): "Debo ajustar ahora, entre tinieblas / lo que me queda por vivir. Ajusto / lo que se ve a lo que no se ve...", se despliega esta poética articulada en dos partes paralelas o convergentes –según se mire–, la primera y la tercera, tituladas respectivamente "Lo que se ve" y "Lo que no se ve". Espléndidas variaciones como las del baño sensual en el mar, animal cálido: "Entro en su cuerpo vivo. Ah, braceo / su cuerpo vivo incandescente, dentro. / Palpo el agua: una bestia infinita" (p. 27), que puede transformarse en un baño ritual de purificación o renacimiento: "entrar desnudo al mar: bañarse. Entrar / el baño religioso, en esta ceremonia / sin fin..." (p. 68).

Entre ambos capítulos se encaja la parte segunda del libro, "En el confín", a modo de gozne o interludio. Doce densos poemas breves donde el objeto, ora traslúcido, ora opaco, se va delimitando en la blancura de la luz: vaso, mano, piedra. "*El objeto llamea. Es una piedra / blanca...*" (p. 44), leemos en el sexto poema, cuya imagen inaugural nos devuelve el recuerdo del homenaje implícito –sin nombrarlo– a César Vallejo que aparece en la página dieciocho del libro: una emocionada glosa de "Piedra negra sobre una piedra blanca", posiblemente el soneto en castellano –para mí desde luego, no sé si también para Padorno– más desoladoramente humano de todo el siglo veinte.

(Publicado en *La Esfera*, 03.02.1991)

5. Hace la policía en muchas voces

Carlos Piera
De lo que viene como si se fuera
Ed. Hiperión, 64 págs.

Una vez leído con asombro gustoso este libro y tras una segunda ojeada a la irónica panoplia de citas que le sirve de zaguán –rematada por una implacable y certera máxima del desaparecido Manolo Sacristán–, me queda la rara convicción de que tiene otro título superpuesto con tinta invisible, la frase que estuvo a punto de encabezar uno de los poemarios míticos de este siglo: “Hace la policía en muchas voces” (He Do the Police in Many Voices). Y sin embargo, o tal vez por ello mismo y en pura coherencia, la única cita expresa de Eliot en el verso inicial de un poema (“Twenty years largely wasted”) nos remite de inmediato a la letra –y al espíritu– de un conocido y memorable tango. Plenos de referencias literarias y culturales, explícitas unas veces y otras no tanto, estos poemas se insertan en la tradición poética vanguardista del primer tercio de siglo y en la renovación controlada del surrealismo acometida entre los años sesenta y setenta por muy diversos movimientos y tendencias. Pudiera haber existido, por tanto, el peligro –peligro desde mi punto de vista: cada cual a lo suyo– de un excesivo distanciamiento del “escritor consciente” respecto a lo que escribe, ya fuera lúdica o de contenido esa lejanía estética hipo-

téticamente postulada. Pero (“Si me postulo vísceras y atiendo a sus calamidades”, dice Carlos Piera muy vallejianamente) la carga de ironía amarga, de resistencia desolada que llevan los poemas hace imposible todo distanciamiento.

Resistencia que se dobla en fingimiento para mantener el tipo humano o, al menos, zoomórfico: camaleón, erizo o alacrán, en una magnífica metáfora del suicidio:

Para corro de fuego me basta la piedra caliente
donde digo que vivo y se dice que estoy ocultándome
hasta que un mediodía decida el agujón.

No la lucha contra el tiempo y la muerte, sino su mismo paso indiferente y sin sentido es lo que parece latir en estos versos punzantes, planos, coloquiales, líricos, dejados deliberadamente caer o alzados en toda su tensión. En definitiva, no es una sola poética expresa la que mantiene este libro, sino varias: en “Propósito”, el poema es apenas una sucesión de imágenes –sensaciones y palabras que tiran unas de otras– desencadenada por el primer verso escrito en el papel en blanco; en “Breve ensayo sobre la poesía”, ésta es brizna, mota, nadería para lo exterior, lo ajeno al poeta poseído por ella. Pero ninguna tan tremenda, tan definidora del impulso poético como la expresada en los dos versos finales del poema “Sujetalibros”: “Hay poesía sólo porque hay muerte; / lo demás puede ser, o no, la vida”. Una negación tal vez demasiado demoledora de la exaltación vital como posible fuente de la palabra poética.

(Publicado en *La Esfera*, 17.02.1991)

6. Poesía entrometida, poesía necesaria

Fernando Beltrán
El gallo de Bagdad (Y otros poemas de guerra)
Ediciones Endymión, 60 págs.

Con estos poemas de urgencia escritos durante los once primeros días de la sangrienta guerra que ha devastado un país entero –Irak, Mesopotamia– para décadas irre recuperables, Fernando Beltrán se arroja una vez más al riesgo de buscar el costado abierto del lector con las sensaciones desencadenadas por una experiencia compartida. Partiendo de los teletipos de prensa, de las imágenes y noticias deformadas de una televisión manipulada, va construyendo a borbotones con poemas breves –a veces sólo dos versos– la crónica del desastre humano, el rostro ciego de sangre, terror y muerte que no nos permitieron ver, pero que adivinamos. Nada más natural que haya sido Endymión, esa colección arriesgada también y generosa, quien publicara de inmediato estos escuetos poemas vivos.

Coherente con la poética que defiende desde principios de los años ochenta en sus libros y manifiestos, Beltrán huye de la imagen del autor “consumido en la contemplación de su propio y endecasílabo ombligo” y trata de implicar al lector en el latido común que impulsan “las venas de una poesía más humana, impura y desgarrada”, por seguir empleando palabras

suyas. De su primer poemario, *Aquelarre en Madrid* (1983), al penúltimo, *Gran Vía* (1990), se alza un paisaje urbano donde las múltiples referencias reconocibles pueden conducirnos a esquinas ignoradas, donde la máxima ternura se halla de pronto en los instantes fugaces compartidos en un andén del metro, donde el poeta retuerce sabiamente el cuello a las frases hechas para recoger y propagar en versos de una tensa expresividad nuestros sueños y pesadillas, la rutina o la aventura callejeras, nuestra alegría tumultuosa o nuestra soledad cotidiana.

Con las mismas mimbres, en este último libro desmiente la farsa de los aviones silenciosos e invisibles, de los fuegos artificiales en la pantalla de un televisor:

Sólo el tacto, el olfato y el sabor
de la sangre en la boca,
les hace sentir frío y les devuelve
el sentido común a los que han muerto.

O denuncia el cálculo implacable del momento exacto para desatar la catástrofe, los partes meteorológicos que indican el tiempo ideal “para sacar a pasear al lobo / entre el Tigris y el Éufrates”. Poesía inmediata y cívica –necesaria como el pan de cada día, ahora que Gabriel Celaya se nos ha muerto– que surge de la desazón de entrar en un brutal agujero negro, de la rebeldía de no resignarse a ser espectador impotente de una tragedia que nos afecta a todos. Una poesía que indaga y expone su propia versión de los hechos en un lenguaje jamás reductible a otros: bienvenida sea esta bocanada de “poesía entrometida”, como le gusta decir a Fernando Beltrán.

(Publicado en *La Esfera*, 23.06.1991)